

José Saturnino MARTÍNEZ GARCÍA
Estructura social y desigualdad en España
Madrid, Libros de la Catarata, 2013

¿La caída del PIB implica un incremento de la desigualdad? ¿Hubo un “efecto llamada” en los flujos migratorios previos a la crisis? ¿Qué ciudadanos tienen más probabilidad de ser “mileuristas”? ¿Cómo afecta la segregación ocupacional de las mujeres en las diferencias entre géneros de tasas de paro? ¿Cuáles han sido las consecuencias de la expansión educativa en nuestro país? Estos son algunos de los interrogantes que José S. Martínez García aborda en su *Estructura social y desigualdad en España*. Un libro que trasciende el interés meramente académico, y cuyo expreso ánimo es “contribuir modestamente a mejorar la calidad de la “conversación” sobre la crisis y la desigualdad”.

A lo largo de las 159 páginas de esta obra sobre la desigualdad, el autor trata de diseccionar su objeto de estudio relacionándolo sucesivamente con diversas vertientes de la estructura social, como la demográfica, el mercado de trabajo, o el sistema educativo. Dos aspectos cruzan transversalmente el conjunto de la obra: la clase social y el género. La estructura de los capítulos es siempre similar: en primer lugar el autor introduce la cuestión objeto del capítulo en un marco general, en el que se exponen brevemente las corrientes académicas más relevantes en el análisis del problema; para luego descender a debates más concretos, directamente vinculados con el diseño de políticas públicas y que, *grosso modo*, pueden entenderse como una contraposición entre los mode-

los liberal y social-demócrata de la acción de gobierno; y finalmente se aportan los datos empíricos que ilustran el hilo argumental sostenido.

En esta concepción de los capítulos hay que destacar dos rasgos: primero, el autor permite al lector no experto conocer los fundamentos científicos de las líneas de argumentación principales en el discurso político pero, al no tratarse de un ejercicio estrictamente académico, discute con ellas y, habitualmente, adopta una postura. Esto permite un ejercicio de diálogo reflexivo con el lector. Segundo, en su esfuerzo por tratar de explicar con claridad no sólo qué ha ocurrido hasta ahora sino, principalmente, qué está ocurriendo desde que se inició la crisis en el año 2007, el autor aporta datos elaborados a partir de las fuentes oficiales que permiten al lector acceder fácilmente a información que habitualmente no se encuentra en las fuentes que el ciudadano medio (es decir, todos los que no son expertos en la materia) puede manejar. Quizás el ejemplo más ilustrativo se encuentre en la Tabla 2 del tercer capítulo, donde se computa para una serie de años la ratio entre el ingreso del quintil cuatro y el del quintil uno (cuantas veces está contenido el mayor salario del 20% más pobre en el menor salario del 20% más rico). Un recurso muy hábil para mostrar cómo evoluciona la desigualdad, y más fácil de entender para el lector no experto que una serie de índices de Gini.

En el capítulo primero se aborda el problema, que justifica el esfuerzo del libro, de qué es la desigualdad. No se trata de un debate escolástico. Todas las personas somos diferentes; pero algunas de esas diferencias se transforman en un acceso diferencial a “los recursos, derechos y oportunidades de vida”; a su vez, ciertas desigualdades se consideran legítimas, como, por ejemplo, el hecho de que los menores de 16 años no tengan derecho a trabajar. Pero otras no. Y es en éstas donde se centran los debates académicos y políticos que se irán exponiendo a lo largo de los sucesivos capítulos. Una fuente de desigualdades ilegítimas tiene que ver con las oportunidades de los individuos vinculadas a su clase social que, básicamente, se entiende a lo largo del libro en términos de posibilidades de inserción laboral en un mercado de trabajo en el que existen ocupaciones con distinta remuneración, prestigio, etc. En este sentido el lector es introducido en la literatura con una sucinta revisión de las distintas aproximaciones al fenómeno de las clases sociales, subrayando tanto las diferencias entre las distintas corrientes académicas como la convergencia entre las dos corrientes principales (neomarxistas y neweberianos) en esquemas clasificatorios que, pudiendo variar en detalles, ofrecen una panorámica muy similar sobre “los ejes que pueden causar desigualdades sociales”: la propiedad, la cualificación y la posición en la estructura jerárquica.

Un segundo debate sobre los orígenes de la desigualdad, menos conocido, es el que tiene que ver con las preferencias de los individuos. Aquí el autor plantea un

interrogante al que el ciudadano, y el académico, común no está acostumbrado: si, a diferencia del hijo de un ingeniero, el hijo de un albañil prefiere ser tornero en lugar de ingeniero industrial ¿estamos ante una desigualdad ilegítima? Esto es: ¿deberíamos asumir que ambos muchachos son igualmente libres de elegir lo que deseen o, dado que ser ingeniero industrial implica oportunidades vitales objetivamente mejores que las del tornero (entre ello, y no de importancia baladí, una mayor esperanza de vida), deberíamos de diseñar políticas públicas (por ejemplo, cursos de (re)educación o evangelización) para cambiar las “erróneas” preferencias del hijo del albañil? Buena parte del debate político sobre la desigualdad puede, en última instancia, reducirse a las implicaciones de este sencillo ejemplo. Lo que le da sentido a la pregunta es, obviamente, que la evidencia empírica hallada por la sociología muestra que las preferencias por ser tornero o ingeniero industrial no se distribuyen aleatoriamente sino que están más o menos asociadas a la posición social de origen.

El capítulo segundo, “De un país de españoles a un país de españolas e inmigrantes”, está dedicado a estudiar las dinámicas básicas de la estructura demográfica, abarcando los temas del crecimiento demográfico, los flujos migratorios y la incorporación de la mujer al mercado de trabajo. El objetivo principal del capítulo es poner alerta al lector sobre el “efecto composición”, que supone que un cambio poblacional, al implicar un cambio en los denominadores de las tasas calculadas, produce una variación en la medida que no tiene nada que ver con dinámicas políticas, económicas o sociales. Así, por

emplear un ejemplo distinto del autor, el actual incremento en la productividad de nuestro país es más un efecto del cambio en el número de personas que entran en la cuenta (a causa del paro) que de un profundo cambio en su cultura profesional y empresarial o en sus relaciones laborales.

El capítulo tercero, "Dinero y trabajo", da cuenta de la evolución de la desigualdad de ingresos en las últimas décadas. En España, se sostiene, la desigualdad disminuyó entre los años setenta y ochenta, después quedó estancada para finalmente aumentar en los años de la crisis hasta los niveles de 1980. La cuestión relevante, planteada en el epígrafe "España, más pobre y más desigual" es si esta evolución es inevitable, es decir, si la caída del PIB (el aumento de la pobreza) implica necesariamente un aumento de la desigualdad. El otro foco del capítulo es la relación entre cualificación y paro, y el debate sobre la incidencia de los distintos cambios de legislación en la evolución del desempleo. Es este uno de los puntos del libro donde mejor se aprecia la diferencia que separa una mente académica del tan habitual comentarista y/o profesional de la política que busca un "culpable" fácil. Dicho de forma muy sencilla: "[la] legislación laboral es la misma en toda España, pero la tasa de paro es muy variada [por comunidades]".

El capítulo 4, "Cosas de la edad o de la posición social", es una ilustración clarísima de la aplicación del análisis sociológico de la realidad. Abordando los problemas característicos de los jóvenes, el autor afirma: "La juventud se pasa con la edad, pero no la trayectoria de clase".

Entre estos problemas, vinculados en el debate público a la juventud, hay que destacar las realidades recientemente acuñadas del "nini" (jóvenes que ni estudian ni trabajan) y el "mileurista" (jóvenes cualificados con bajos salarios). En ninguno de los dos casos todos los jóvenes tienen las mismas probabilidades de recibir una de estas etiquetas. Con todo, las aportaciones más importantes de este capítulo, a mi juicio, son otras. Primero, la constatación de que la tasa de paro juvenil es, en el conjunto de los países de la Unión Europea, aproximadamente el doble que la tasa de paro de la población adulta. Así, por ejemplo, en Francia el paro juvenil es algo superior al 20% (muy por debajo del español) y su tasa de paro para la población adulta es de algo menos del 10%. Esto conduce ineluctablemente a conclusiones muy distintas de las que el ciudadano medio suele recibir a través de los medios de comunicación.

La otra gran aportación del capítulo es su reflexión sobre las paradojas en la redistribución de la riqueza a través de diversas políticas sólidamente asentadas en nuestro estado del bienestar (la reflexión es igualmente aplicable para otras políticas igualmente bien asentadas que no son el tema del libro). Así, en el actual sistema de pensiones se entiende que la cotización de cada trabajador es una aportación obligatoria a la "hucha" común. Nada resulta extraño... hasta que se cae en la cuenta de que las distintas tasas de mortalidad, asociadas a las distintas trayectorias laborales, implican que sistemáticamente determinados grupos sociales (más privilegiados) se beneficien más que otros de la "hucha", produ-

ciéndose así un efecto de redistribución regresiva del ahorro. Como es evidente, esta paradoja es fácilmente extrapolable a muchos servicios públicos en los que la financiación es compartida pero el disfrute es, en la práctica, diferencial.

“Muchos sexos y géneros” no es, seguramente, el mejor título para un capítulo especialmente dedicado a la discriminación por género en el mercado de trabajo. Tras unos epígrafes introductorios en los que el autor expone los condicionantes sociales del género, desmiente el mito de los dos sexos, e introduce con notable sensibilidad las distintas facetas del discurso feminista, el meollo del capítulo recae sobre la evidencia de que en el conflicto entre vida familiar y laboral el problema de la desigualdad de género tiene muchas más aristas de las que habitualmente se presentan. La razón es que la forma que adopta este conflicto, y la forma de resolverlo, varía para mujeres de distintas posiciones de clase que, a su vez, responden de forma distinta a las políticas públicas ingenuamente diseñadas con un único modelo de mujer en la cabeza del legislador. Dicho de forma muy sencilla, con el ejemplo del autor, los intereses de una mujer con formación superior que tiene una larga carrera profesional por delante difícilmente coincidirán con los de una mujer sin formación que lo que tiene por delante el resto de su vida es la larga cinta de la caja del supermercado. Este es un primer apunte “políticamente incorrecto” (con relación al discurso predominante sobre las políticas de género) del capítulo.

Las múltiples aristas también aparecen al diseccionar las tasas de actividad

y paro de cada género por nivel educativo y estado civil. Las mujeres universitarias solteras tienen la misma tasa de paro que los hombres universitarios solteros. Aunque quizás sorprenda más el dato (inédito) de que las mujeres sin estudios solteras han pasado de tener el doble de paro que sus homólogos varones en 2007 a tener una tasa de paro algunos puntos por debajo de aquéllos en 2012. Esto es debido a que las mujeres, desde el punto de vista laboral, no sólo tienen un “techo” de cristal, sino también “paredes de cristal” que, en los años de crisis, les han beneficiado; así “la segregación ocupacional debida a la pared de cristal ha jugado a favor de las mujeres, en tanto que el sector más castigado por la crisis, la construcción, está muy masculinizado”. Los que tuvimos la suerte de leer el borrador original sabemos que el epígrafe “Techo y paredes de cristal” inicialmente se titulaba “Techo, suelo y paredes de cristal”¹. La idea de “suelo de cristal”, que no es necesario comentar, era a mi juicio una aportación muy sugerente al análisis de género del mercado de trabajo. El autor, sin embargo, la ha devuelto prudentemente al tintero —según comunicación personal— a la espera de disponer mayor evidencia para su presentación formal. No obstante, las cifras que se muestran en las tablas de datos siguen estando ahí, para que el lector las explore y saque sus conclusiones.

El último capítulo, “Fracaso escolar: clase social y desigualdad de oportuni-

¹ Desvelo esta información con el consentimiento del autor.

dades educativas”, trata el tema al que el autor ha dedicado su carrera investigadora. Probablemente consciente de que es más difícil escribir con sencillez de aquello de lo que más se sabe, José S. Martínez ha circunscrito el capítulo a dos temas de importancia estratégica: el efecto de la expansión educativa que ha vivido nuestro país desde la Ley General de Educación, y la evolución de un indicador de gran peso en las políticas educativas: el fracaso escolar. Es un hecho que España ha pasado en unas pocas décadas de ser un país de escasa cualificación a otro en el que hay un cierto grado de sobre-cualificación, con relación a la demanda del mercado laboral. La “tarta” educativa se ha agrandado, y todos comemos más. Sin embargo, como señala el autor, la educación es un “bien posicional”: a diferencia de la porción de tarta de cumpleaños que te sacia lo mismo con independencia de cuánto hayan comido los otros invitados a la fiesta, el valor (en el mercado de trabajo) de tu nivel educativo no depende de cuántos años hayas estudiado sino, principalmente, de cuántos han estudiado los demás. Esta reflexión daría por sí sola para todo un capítulo, y muestra claramente lo alejado que el debate ideológico-político de nuestro país está de la comprensión científica de la realidad social. La cuestión de fondo, con todo, es la siguiente: dado que la educación es un bien posicional, ¿cómo afecta la expansión educativa propiciada por el desarrollo del estado del bienestar a la igualdad de oportunidades? El autor conoce muy bien la respuesta: la evidencia empírica no es concluyente sobre si afecta poco o no afecta absolutamente nada.

Por su parte, la evolución del fracaso escolar es un tema candente con relación a la evaluación de la que probablemente será considerada la reforma educativa más polémica de la democracia española: la LOGSE. Los datos muestran que, efectivamente, el fracaso escolar se incrementa en las generaciones que se escolarizaron tras 1986. Los datos también muestran, sin embargo, que la proporción de malos alumnos en España es muy similar a la de otros países. El autor argumenta, de nuevo en contra de la opinión ampliamente generalizada en nuestro país, que esto tiene muy poco que ver con el nivel académico de los estudiantes (se recomienda al lector no pasar por alto la jugosa nota a final de capítulo sobre los resultados de España en los famosos informes PISA). La explicación hay que buscarla en otro lugar: “posiblemente seamos el único país en que por ley se impide cursar estudios postobligatorios de cualquier tipo [si no se tiene el título de educación obligatoria]”.

El libro no incluye un capítulo de conclusiones, de forma que en este último, e insoslayable, escalón el diálogo con el autor se interrumpe y el lector queda solo con su dudas, empujado a conversar consigo mismo y, si se dispone de la oportunidad, con otros lectores. A título personal, una primera reflexión es que la lectura de *Estructura social y desigualdad en España* será muy provechosa para profesionales y estudiantes de las distintas disciplinas de ciencias sociales y, desde luego, para el ciudadano preocupado por los temas que se han ido planteando. No tendrá interés para, y no cabe esperar que lo lea, una buena parte de los comentaristas políticos

y políticos profesionales triste y vergonzosamente instalados en la lógica de un discurso maniqueísta que nada tiene que ver con el espíritu ni con la letra de este libro.

El ciudadano común, sin embargo, aprenderá cosas que le harán pensar. Entre otras, aprenderá que muchas de las ideas profundamente asentadas en la opinión pública, y machaconamente defendidas ante los medios de comunicación, no tienen ningún fundamento científico. Aprenderá que otras tantas recetas, o recomendaciones, con las que los ciudadanos son habitualmente bombardeados tienen una letra pequeña que es, al menos, tan importante como la grande. Y aprenderá que sistemáticamente se gasta mucho dinero de las arcas públicas en políticas que tienen otros efectos además de los deseados, cuando no contrarios a los deseados. Reflexionar sobre estos asuntos es, sin duda, una contribución

más que modesta a la construcción de una sociedad civil democrática.

Para finalizar, dos comentarios críticos que me parecen inexcusables. En primer lugar, la forma extremadamente modesta con la que el autor se presenta en la introducción, comparándose con un pato, no hace justicia a la dificultad de escribir de manera clara, sencilla y honrada sobre un conjunto de temas que, desde el punto de vista académico, son técnicamente muy complejos y, desde el punto de vista del acalorado debate político, como ya se ha observado, suelen ser objeto de burda simplificación. La segunda crítica sin duda será compartida por la mayoría de los lectores: el libro es demasiado breve.

FRANCISCO LINARES MARTÍNEZ
Universidad de La Laguna
alinares@ull.es